

FUTURO



¿REGRESAMOS A LA TRIBU FELIZ?

Las «profecías» de McLuhan

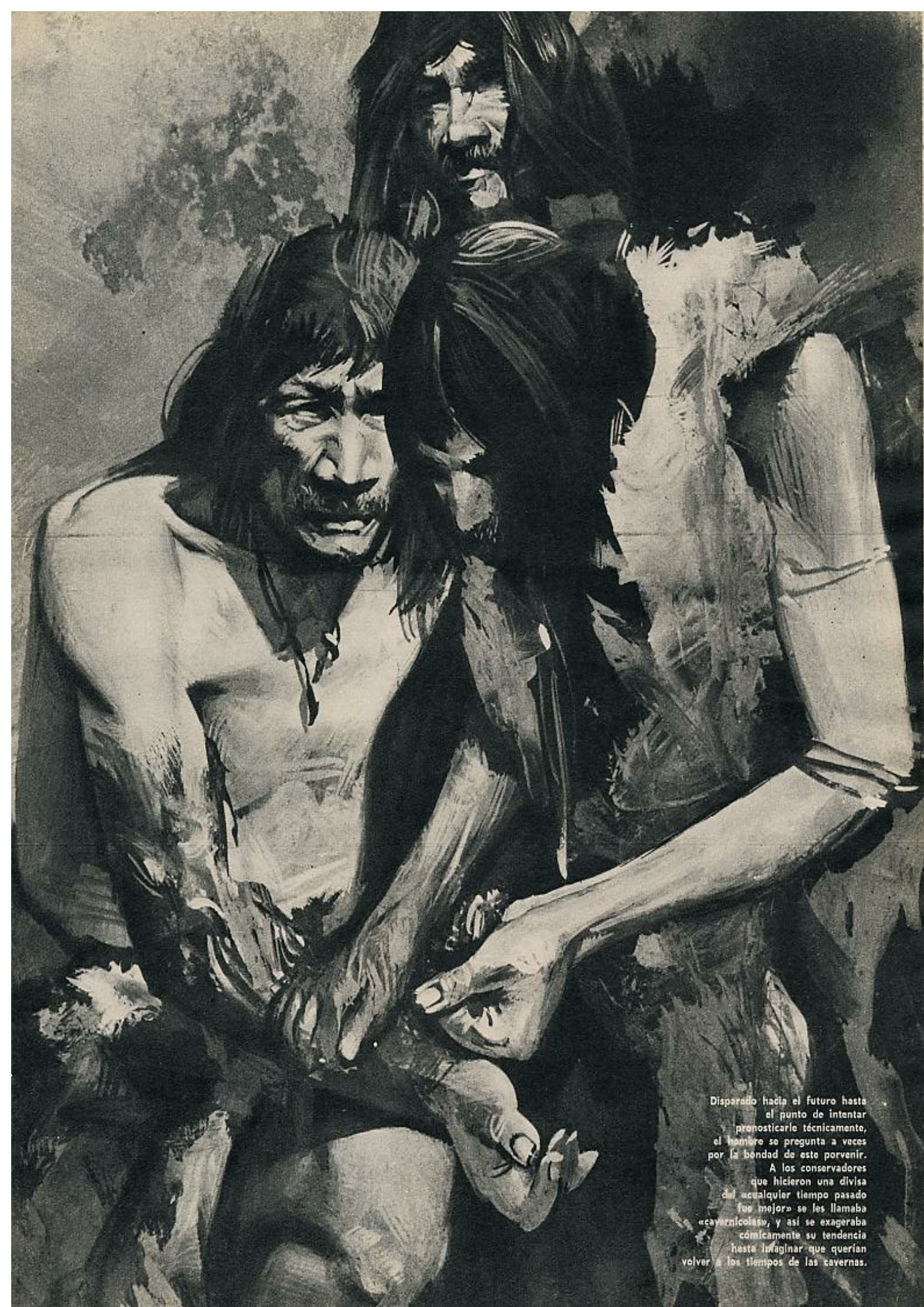
Por **PABLO BERBEN**

¿ESTA USTED CONTENTO CON SU TIEMPO? Si, honestamente, mira usted el fondo de su conciencia, a solas y sin testigos, sin siquiera ser

testigo de usted mismo, terminará confesando que sí. Acuérdesse del pasado. ¡Pobre Felipe II, pobre Carlos VI! Con toda la gloria del mundo, se morían de frío en Yuste o en El Escorial; la artritis y el

reuma les atenazaban, no tenían una aspirina que llevarse a la boca cuando les dolía la cabeza, tenían que recorrer leguas a caballo o en silla de mano —¡piense usted en los que llevaban la silla!—; no

tenían bicicleta, no podían sacar de su nevera unos trozos de hielo para refrescarse con una «cola» o animarse con un whisky. Piense usted en los tiempos en que América no nos había **SIGUE**



Disparado hacia el futuro hasta
el punto de intentar
pronosticarle técnicamente,
el hombre se pregunta a veces
por la bondad de este porvenir.
A los conservadores
que hicieron una divisa
del «cualquier tiempo pasado
fue mejor» se les llamaba
«cavernícolas», y así se exageraba
cómicamente su tendencia
hasta imaginar que querían
volver a los tiempos de las cavernas.

¿REGRESAMOS A LA TRIBU FELIZ?

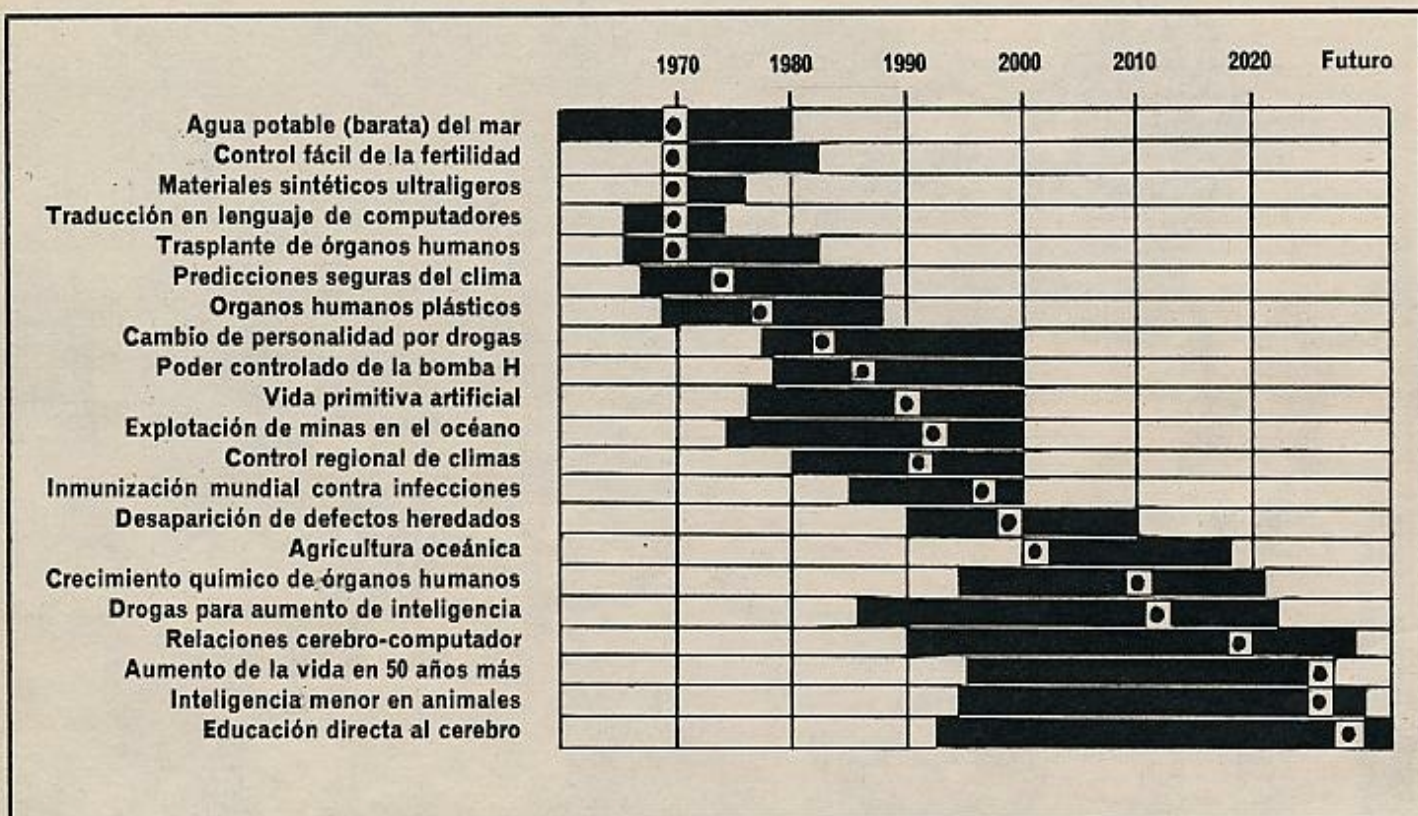
regalado aún la patata, el maíz, el tabaco. Usted, ciudadano quizá de decimotercera categoría —algun sociólogo dice que en los Estados Unidos hay 478 clases sociales—, tiene todo eso, tiene mucho más. Ahora, piense usted en el futuro. Imagínese de cara. ¿No ve usted una tierra calcinada por las bombas atómicas? Aunque abandone ese caso como el peor, recuerde la explosión demográfica: hay sabios que creen que el final de la humanidad se producirá por calor: tal será el número de habitantes por kilómetro cuadrado —por metro cuadrado— que la tierra —dicen— llegará a ponerse al rojo vivo por el calor animal. Otros creen que moriremos —que morirán ellos, los hombres del futuro— de sed: se habrán bebido toda el agua del mundo, hasta la de los mares. De hecho, la falta de agua potable es ya un problema serio en las grandes concentraciones urbanas. Imagine muchas más desgracias; imagine también que hay muchas desgracias más que son inimaginables... Y reconozca, íntimamente, que no está disconforme con el tiempo que le ha tocado.

los tirones del tiempo presente

Pero todo pasa en nuestras sociedades como si hubiese un terrible movimiento de descontento colectivo. Unos tiran de este momento presente hacia atrás, como si quisieran volver hacia el pasado a toda costa; otros tiran de él hacia el futuro. Unos atacan con terrible furor lo que llaman el progreso, porque aniquila. A otros, en cambio, les parece que el progreso no existe, sino que existen sus bases, pero que en realidad está detenido, frenado por los conservadores. «Cualquier tiempo pasado fue mejor», dicen unos; «Será mejor cualquier tiempo futuro», dicen otros. Se vive en este tiempo sin vivir en él, con nostalgia del pasado o con impaciencia del futuro. Esta disyuntiva no se plantea, como antes, en movimientos simplemente políticos. Existían los tradicionalistas, los conservadores, aquellos a quienes se llamaba «cavernícolas» porque se exageraba cómicamente su tendencia hasta imaginar que querían volver a los tiempos de las cavernas. Existían, en cambio, los progresistas, los revolucionarios, los que pretendían que todo fuese hacia adelante. En general, estas definiciones políticas correspondían a aquellos que vivía bien y temían que todo cambio les llevase al mal,



Marshall McLuhan, un profeta de nuestro tiempo, ha dicho que se llegará a un mundo de envolvimiento total, en el que todos estarán tan profundamente implicados entre sí que nadie podrá imaginar la existencia de una culpabilidad individual.



El sistema Delphi consiste en calcular las fechas en que determinados acontecimientos científicos pueden ocurrir mediante la extracción del término medio de esos cálculos de los sabios. El punto negro señala la fecha que ha sido dada por la mayoría de los científicos. La longitud del trazo negro señala los cálculos de la mitad de los expertos. La otra mitad de los consultados dan fechas anteriores o posteriores a las señaladas por el principio o el final del trazado.

englobados por el término genérico de «la derecha», y los que vivían mal y deseaban que todo cambiase para vivir mejor, a los que se incluía en el término de «la izquierda». Existían también los viejos, nostálgicos del pasado, y los jóvenes, lanzados hacia adelante. Pero estos movimientos de ahora, estos tirones del tiempo hacia el pasado y hacia el futuro, tienen muy poco que ver con aquellas definiciones clásicas. Hay jóvenes que se van al arcaísmo indio, se extasían con el «sitar» de Ravi Shankar, se visten con «sharis», emigran hacia la antigüedad: y son jóvenes inconformistas, son jóvenes «de la izquierda», progresistas... Hay caballeros maduros —ricos, conservadores, «de la derecha»— que van a la sauna para adelgazar y poderse meter dentro de los trajes espaciales que crea Pierre Cardin. Mire usted el escaparate de una «boutique» de moda, eche un vistazo en torno suyo en cualquier fiesta: los caftanes marroquíes de De Velasco con joyas bárbaras del África negra, los abalorios del «modern style», las sandalias griegas de la antigüedad, coexisten con el «moulé» de Paco Rabanne, de los que dice que son «los trajes del porvenir industrial»; Paco Rabanne, a quien un ingeniero ha ayudado a crear una materia plástica nueva, cuyas características son todavía un secreto, con la que va a hacer el «traje monolítico»...



Nueva conquista científica: los chinos han sintetizado un cristalino de insulina.

la catedral truncada

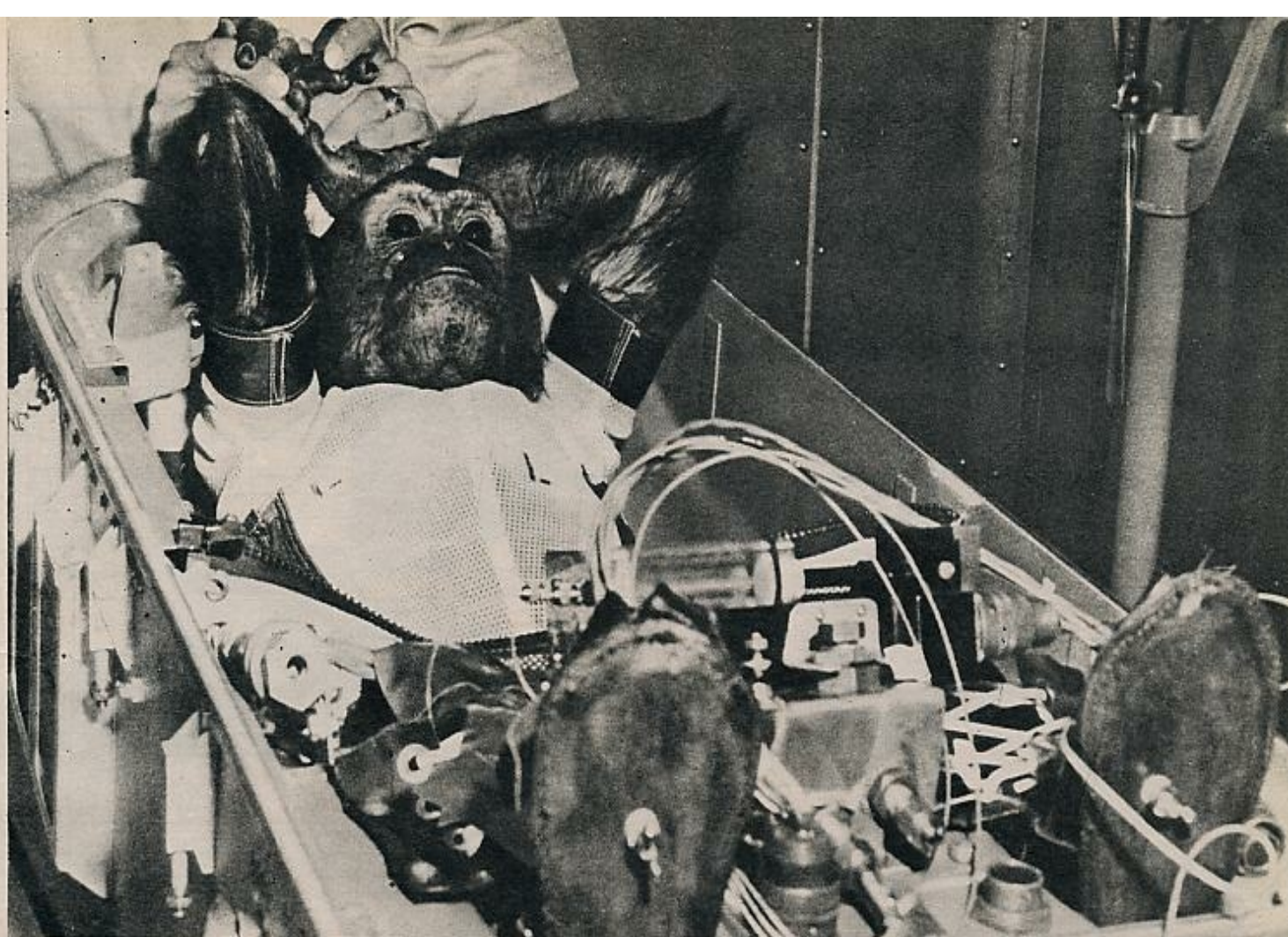
Ante ese espectáculo, ante cualquier espectáculo de ahora, usted se quedará confuso. ¿En qué siglo estamos? ¿Cuál es la imagen de

nuestro tiempo? Quizá se conteste que la imagen de nuestro tiempo es precisamente esa confusión, esa superposición. Y ¿por qué existe esa confusión, esa superposición? Porque se trata de ir más hacia adelante o más hacia atrás,

sin quedarse fijo en este momento presente. Pero, ¿no es bueno este momento presente? ¿No es capaz de crear lo suyo, una forma suya, una forma propia como la que tienen algunas culturas antiguas? Quizá uno de los signos más claros de lo que está pasando es la decisión que acaba de tomar el obispo episcopaliano de Nueva York, Monseñor Donegan. Estaba construyendo una catedral del más puro estilo gótico-americano-siglo XX, cuyas obras se prolongaban desde 1891 y ha decidido parar las obras, detener la elevación del edificio en Morningside Heights —precisamente sobre el «ghetto» negro de Harlem— para que así, sin terminar, truncada, sea el símbolo de la angustia. «Será —dice el obispo— el símbolo profético de que nuestra sociedad es aún tan devastada, rasgada, rota e incompleta como el propio edificio».

la fontería administra la sabiduría

Pero, ¿por qué tenemos esa sensación? Probablemente, la sensación más importante de esta disconformidad está en que todos los bienes arrojados sobre la tierra por las sucesivas revoluciones técnicas, por la historia, por la ciencia, por la aceleración industrial de los últimos siglos, están mal administrados. No solamente en el sentido económico de la expresión —que sí que lo **SIGUE**



Un chimpancé —«Enos»— dio dos vueltas a la Tierra en doscientos un minutos de duración. Lanzado desde Cabo Cañaveral, en noviembre de 1961, fue recogido en el Atlántico, al Sur de las Bermudas. Abajo, un cuadripléjico se afeita con un brazo auxiliar accionado por un motor. De las gafas parten los focos de rayos infrarrojos.



¿REGRESAMOS A LA TRIBU FELIZ?

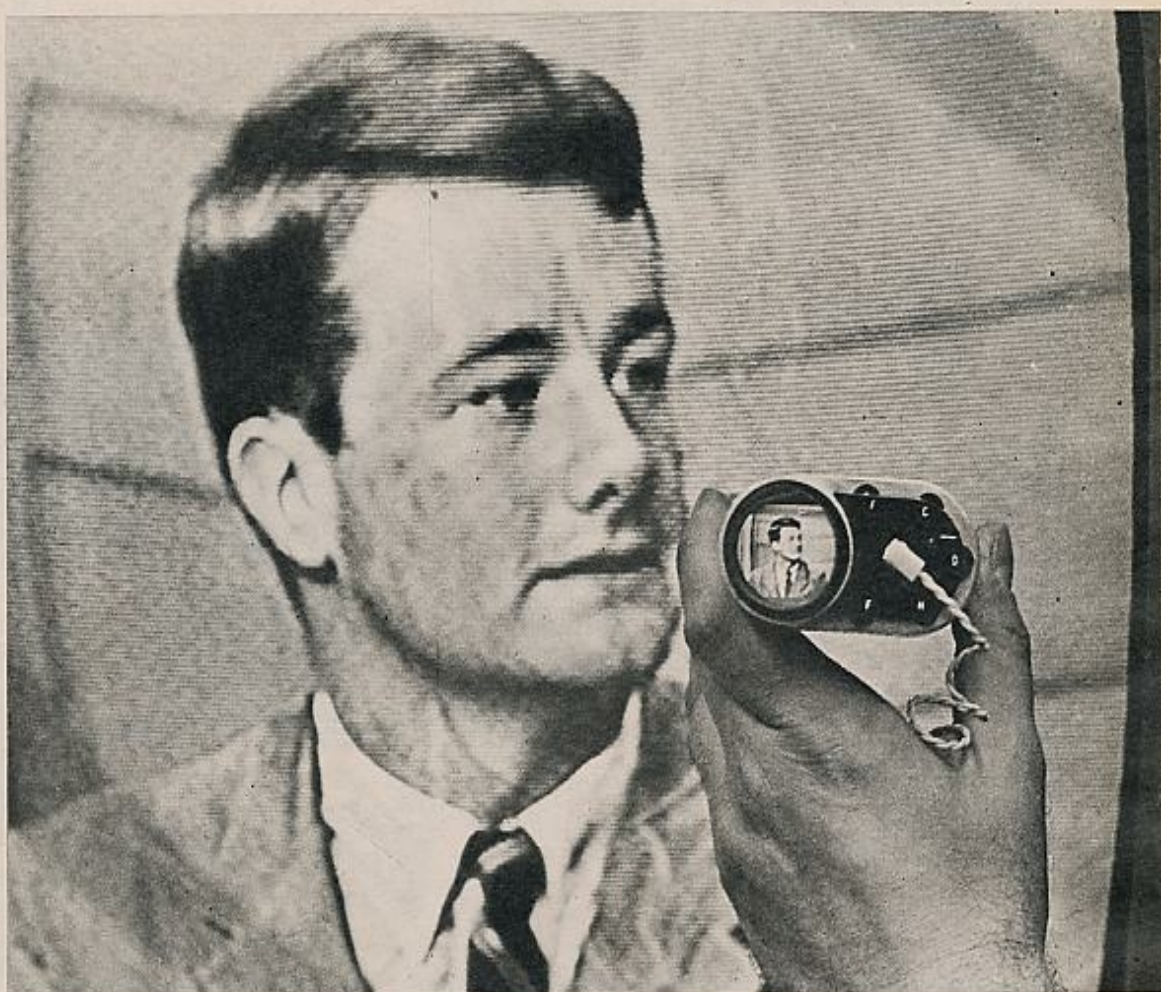
está— sino en el humano. Como si una máxima concentración de la tontería hubiese acompañado esta gran concentración de la sabiduría. No aprovechamos ni la décima, ni la milésima parte de lo que ya sabemos que es válido, que es justo, beneficioso y razonable. Al mismo tiempo, no somos capaces de desecher ideas, sensaciones, sentimientos, o fragmentos científicos, técnicos o económicos que sabemos ya a ciencia cierta que son inútiles— aunque alguna vez fueran de máxima utilidad—; de las nuevas ideas nos quedamos solamente con fragmentos inconexos, insignificantes: no llegamos a su profundidad. Los mezclamos con las vivencias, los recuerdos, los restos de las cáscaras de civilizaciones sobre las que nos hemos sustentado. Y no acertamos a formar un todo coherente con ello porque, naturalmente, la mezcla es incoherente. No forma un sistema. No acertamos a crear un sistema, una estructura, con todo ello. Aun suponiendo que todo ello sea cierto, seguiremos sin saber por qué nos pasa eso.

presentamos al profeta mcluhan

Si usted sigue leyendo lo que se va a escribir a continuación, y si usted llega a creer en ello y es consecuente consigo mismo, arrojará esta revista rápidamente al fuego; arrojará todos los libros que tenga en su casa y no leerá nunca más. Algo así como lo que ocurre en el «Fahrenheit 451», de Truffaut: con la diferencia de que creará que los «malos» de esa película son los buenos, y los buenos son los malos. La idea de que todo el mal de nuestro mundo procede del alfabeto, del lenguaje escrito, y se complica para siempre con la invención de la imprenta, es de uno de los profetas más discutidos de nuestro tiempo, del americano Marshall McLuhan. Algunos de sus discípulos creen que es más importante de lo que hayan sido Freud, Marx y Einstein: sus enemigos creen, simplemente, que es un ser vacío y brillante. McLuhan tiene ahora entre cincuenta y sesenta años, fue profesor de idioma inglés en la Universidad de Toronto—Canadá— y, ahora, sus libros se venden como panecillos en el mundo anglosajón.

¡abajo el alfabeto!

El descubrimiento de McLuhan se basa en una breve frase: «el medio es el mensaje». ¿Qué quiere



El lenguaje, según Marshall McLuhan, será revolucionado por los medios audiovisuales y, sobre todo, por la televisión. En la foto, un televisor de bolsillo —el más pequeño del mundo—; el tubo de rayos catódicos es extraordinariamente pequeño.

decir con esto? Que la manera en que la gente se comunica entre sí es más importante que lo que tiene que decirse por ese medio, por esa manera. Que la técnica de la comunicación influye más en la forma de ver, apreciar y medir el mundo que el contenido de dicha comunicación. Cuando el hombre existía antes de la invención del alfabeto, formaba parte, simplemente, del mundo que le rodeaba, y lo conocía por tres sentidos principales: la vista, el oído, el tacto. Los tres sentidos se complementaban entre sí y daban una sensación veraz de lo que estaba pasando. Cuando inventó el lenguaje escrito, el hombre fue perdiendo, poco a poco, su capacidad táctil, su capacidad auditiva y se fue refugiando en lo visual. Finalmente, se convirtió en un «animal visual». Cuando se descubrió la imprenta, en el siglo XV, se consumó la revolución visual, y este sistema de comunicación le llevó a ser «una entidad separada dentro de la totalidad del mundo» mediante el desarrollo de la lógica del pensamiento, que, irremediablemente, le apartaba de los hechos naturales.

la televisión, «medio frío»

La aparición de la televisión modifica grandemente las circunstancias. La televisión, dice McLuhan, es un «medio frío», al contrario que los periódicos, que son «un medio caliente». El «medio frío» permite al hombre sentirse preocupado: le envuelve, le arroja, le hace participante. El «medio caliente» se limita a entregarle el mensaje. A través del medio frío de la televisión, el hombre quizá pueda ir recuperando su integridad de los buenos tiempos de la tribu. Hací poco, en la revista «Encounter», ha explicado que si la reacción contraria a la guerra del Vietnam se ha producido con tal fuerza en los Estados Unidos es, precisamente, por la televisión: el ciudadano se ha encontrado inmiscuido en esa guerra, de una manera emocional, de una manera que ha provocado sus reacciones instintivas. Lo mismo ha ocurrido en todo el mundo. Porque, ahora, la sociedad tribal que ahora McLuhan se reconstruye a escala global: «El mundo es una aldea». Consecuente con esta idea

de la televisión como fórmula para la recuperación del hombre, afirma que Hitler no hubiese triunfado nunca si en sus tiempos hubiese existido la televisión; más atrás, más lejos aún: el imperio romano se hundió porque se cortaron los suministros de papiros procedentes de Egipto. El fallo de la televisión está en que se quiera hacer de ella un instrumento de lógica, un equivalente del alfabeto o del lenguaje escrito. Un político que pronuncia un discurso por televisión falla en su mensaje: un político que conversa con ciudadanos ante las cámaras de la televisión se aproxima más a su objetivo. Pero cuando se produce un «bombardeo de imágenes» reales y directas, el espectador se siente implicado, participante.

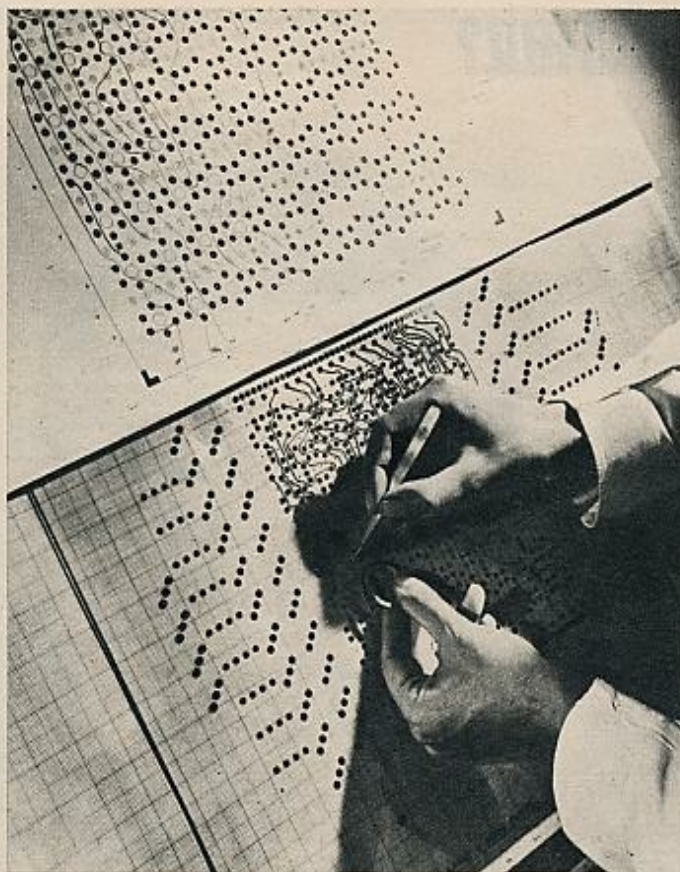
conciliación de los tres tiempos

A esta altura, usted se habrá dado cuenta ya de la importancia de Marshall McLuhan en este tiempo, sea un profeta falso o auténtico: concilia el pasado con el presente, y el **SIGUE**

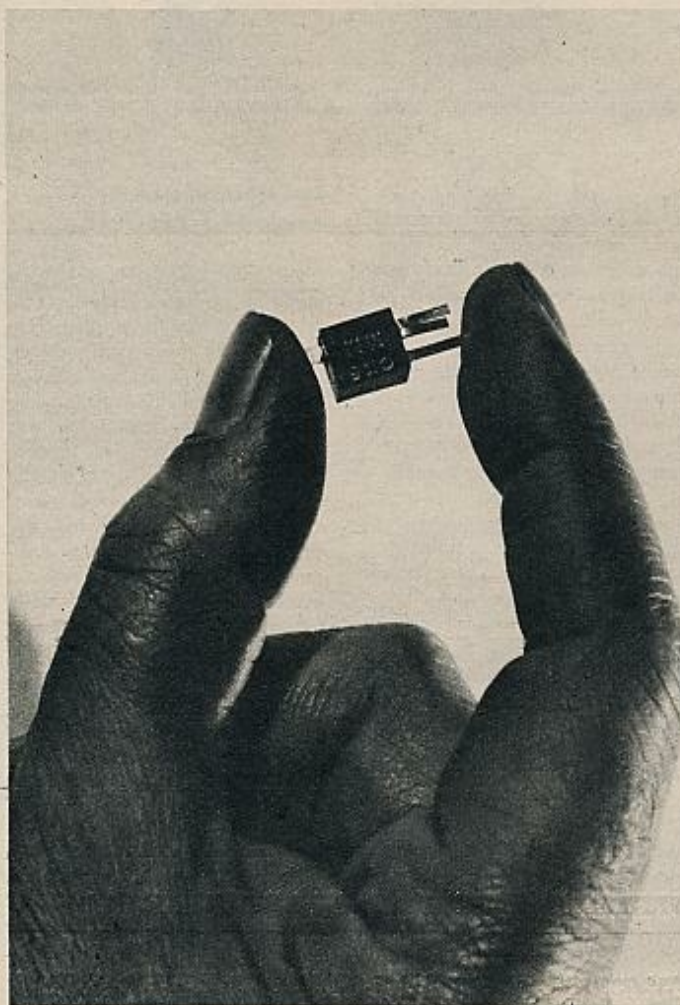
presente con el futuro. En esta nostalgia que tenemos todos por otros tiempos, como si fuésemos exiliados del pasado que nos encontramos aquí fuera de nuestra lejana patria, él llega a la afirmación de la validez del pasado más lejano, del hombre de las cavernas, del hombre de antes del alfabeto. Para la impaciencia por el futuro, McLuhan tiene una respuesta optimista: el futuro supone el regreso a la felicidad tribal, a la integralidad del hombre, no mediante el abandono de nuestras comodidades técnicas, de nuestras conquistas científicas, sino precisamente por medio de ellas. Entramos directamente en la «cultura de masas» gracias a la revolución electrónica, de la que es producto insigne la televisión. Así se podrá construir «un mundo de envolvimento total, en el que todo el mundo estará tan profundamente implicado con todo el mundo que nadie podrá imaginar la existencia de una culpabilidad individual». Esto es, el regreso a la soldadura del hombre con el mundo en el que desaparezca la ruptura entre el individuo y la sociedad, entre nación y nación, entre el hombre y la masa. La electrónica sustituiría la lucha de clases de Marx, anularía el subconsciente de Freud...

cuidado con los profetas

Evidentemente, se trata de acoger a McLuhan, por ahora, con toda clase de reservas. Es un filósofo «pop», es un hombre culto y brillante, es un excelente escritor. En cuanto a su calidad de profeta, la mayor reserva que se pueda hacer es la gran dificultad existente en creer en los profetas, sean quienes sean. ¿Nos han fallado ya tantos! ¿Recuerda usted a Orwell, en «1984», o en «Animal Farm»? No estamos todavía en 1984, pero ya sabemos que ese año no será como lo describía Orwell. ¿Recuerda usted a Aldous Huxley en «Brave new world»? Tampoco va a ser así el mundo. Pero algo de la que veía venir Orwell —la intromisión del Estado en las vidas privadas, el dirigismo hasta en el hogar, el paternalismo hasta el límite extremo— va sucediendo, como algo de lo que predecía Huxley también. Con Marshall McLuhan puede suceder lo mismo: medias verdades, medios aciertos. En resumen, como siempre. Pero con la enorme realidad de haber conectado con nuestro tiempo. Quizá quiera usted saber algo más de McLuhan. Sus principales libros son «The mecha-



Las calculadoras electrónicas son un signo de este tiempo ávido de futuro. En estas fotos, la nueva técnica de calculadoras electrónicas basada en «diodos de túnel», gracias a las cuales se consigue una mayor rapidez y baratura. Arriba puede verse el circuito, y abajo, una cajita que contiene dos diodos de túnel.



cal bride» («La novia mecánica», escrito antes de la televisión y por lo tanto incompleto y defectuoso, según su autor), «The Gutenberg Galaxy», donde describe la aparición del tipo móvil de imprenta como autor de la aparición del hombre también móvil, suelto, mal relacionado con su medio; «Understanding media», y «The medium is the Message», cantos de optimismo hacia el regreso de la tribu a escala mundial.

ciencia y futuro

La comunicación directa del cerebro humano con los computadores electrónicos —o sea, no ya sin alfabeto, sin lenguaje escrito, sin siquiera la amalgamante televisión de McLuhan— es algo que aparece en una publicación más difícil de negar o de combatir que las obras del profesor canadiense; el «Science Journal», de Londres, que dedica todo su número de octubre a la investigación técnica del futuro. La predicción del futuro por medios técnicos, y no por la sola imaginación del hombre, es una ciencia nueva a la que los países que pueden dedicar grandes esfuerzos. Se calcula que en los Estados Unidos la industria privada americana gasta entre 50 y 100 millones de dólares cada año en la predicción, en el «forecasting», que dicen ellos. Se basa en un cálculo matemático de probabilidades en las estadísticas, en el estudio del desarrollo de ciertas ramas de la técnica. Cada científico dedicado al «forecasting» realiza sus cálculos; otros científicos tratan de conjugar todos esos resultados hasta obtener unas predicciones unitarias, coherentes. Leyendo este último número del «Science Journal» encontramos una cierta imagen del año 2000 —aproximadamente—. No todo es bueno. Encontramos que a pesar de que vaya a conseguirse fácilmente el control del clima sobre todo el mundo, habrá crecido la distancia entre las naciones pobres y las naciones ricas, y más de mil millones de habitantes tendrán aún, los desgraciados, una renta por cabeza inferior a doscientos dólares anuales. Ciertos órganos del cuerpo humano, las extremidades, podrán volver a crecer en caso de amputación por la utilización de medios químicos. Los aviones llegarán a los antípodas en menos de una hora. Y se conseguirá elevar hasta un cierto punto la inteligencia de los animales —de algunos animales— de forma que les podamos encargar trabajos sencillos, de simple mano de obra. De pata de obra, se dirá, quizá, entonces.

¿REGRESAMOS A LA TRIBU FELIZ?

tráfico y teléfonos

Cuando su taxista le diga que esta cuestión del tráfico en la ciudad no tiene remedio y cada vez irá peor, o cuando lo rumie usted mismo al volante de su coche, re-

ten aún, o mientras mira la televisión universal de McLuhan—que alcanzarán setecientos u ochocientos kilómetros por hora y que rodarán entre coches eléctricos y otros deportivos movidos por turbinas.

Aterrícese usted con el doctor

bre microfilm, naturalmente. Pero usted tendrá los medios técnicos para leer con facilidad ese microfilm.

El doctor Robert V. Ayres—americano— cree que la agricultura «convencional» seguirá siendo el primer recurso alimenticio del mundo, aunque con un mayor desarrollo: hoy no se utiliza más que un quince por ciento de sus posibilidades. Sin embargo, habrá

Porque en su lenguaje, en su jerga, se introducen términos de duda, como, por ejemplo, la frase «proyección de sorpresa libre», que puede hacer variar todos sus cálculos... Y porque el nivel de la desgracia o la felicidad del hombre no está en relación directa con el del ascenso o descenso de la técnica a menos de que lo que profetiza McLuhan sea cierto: esto es, que la electrónica nos pueda de-



En los Estados Unidos, la industria privada americana gasta entre cincuenta y cien millones de dólares anualmente en la predicción del futuro mediante computadores electrónicos: el «forecasting». Por este procedimiento se consigue una imagen bastante aproximada del año 2000, que, por cierto, no es demasiado halagüeña.

cuerde al profesor Boulandon, del Instituto Batelle, de Ginebra, que ha estudiado ya el caso y tiene previstas las soluciones. En las ciudades no habrá automóviles: las aceras móviles, con puntos de acceso cada trescientos metros, le llevarán a usted donde quiera a una velocidad de 15 kilómetros por hora. Para ir de las afueras a la ciudad, pequeños automóviles eléctricos, transparentes, de plástico. Para viajes de mayor distancia, automóviles de combustión interna, dirigidos por la propia carretera —podrá usted conducirlos mientras lee un libro, si exis-

John Pierce, de la compañía telefónica Bell: pronto habrá línea directa entre su casa y su oficina, una línea directa equipada con televisor y con teletipo, de forma que lo que usted diga, o le digan, se verá y quedará escrito al mismo tiempo. En el campo de las comunicaciones generales, Pierce cree en la expansión universal de la televisión. No supone el fin del lenguaje escrito, como McLuhan, pero sí el de los periódicos clásicos: mientras usted duerme, su televisor estará elaborando dentro de casa el diario que usted encontrará terminado al despertar: so-

nuevas formas de alimentación: ciertas proteínas producidas por bacterias o microorganismos de otras clases, como los que ahora se encuentran en el petróleo...

Estos profesores del «Science Journal» dejan sin resolver, claro, el principal problema que tiene usted. El de las guerras, el de la bomba atómica, el de las relaciones hombre-mujer, patrón-empleado, rico-pobre. No pretenden resolver los problemas de usted ni los míos —que, seguramente, son los mismos—. Solamente tratan de calcular lo que va a pasar, o algo de lo que suponen que va a pasar.

volver a la felicidad inocente de la tribu. En el supuesto de que la tribu, el individuo de la tribu, fuese feliz. Acuérdese usted de los dinosaurios, de los glaciares, de los movimientos de la tierra, del terrible trabajo de la producción agrícola, de las mujeres arrastradas por los pelos hacia el interior de la caverna. Y diga, sinceramente, si cree usted que hombres y naturaleza formaban, de verdad, un todo coherente e integrado que fue destruido por el alfabeto.

P. B.

(Fotos: ARCHIVO)